



Homilía de 24 de mayo de 2020

La Ascensión del Señor

Padre J. David Carter, JCL

No podemos minimizar la importancia de esta fiesta. Se celebra normalmente cuarenta días después de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Tradicionalmente esto se observa el jueves de la sexta semana de Pascua. Sin embargo, por razones pastorales y para resaltar la importancia de esta fiesta, la hemos transferido al siguiente domingo, es decir, hoy.

Sin embargo, la mención de cuarenta días debería hacernos sentarnos y tomar nota. Este es un número muy bíblico. Hubo cuarenta días de cuaresma antes de Pascua. Ahora, después de Pascua, hay cuarenta más. ¿Qué significa esto? En las Escrituras asociamos el número cuarenta con tres cosas: purificación, preparación y transición a algo mejor. En los capítulos siete y ocho del Libro de Génesis, escuchamos acerca de los cuarenta días y las cuarenta noches del diluvio. El diluvio de cuarenta días purificó al mundo del pecado, preparó a la humanidad para un nuevo comienzo y fue una transición a un nuevo pacto con Dios. En el libro de Éxodo, escuchamos acerca de los cuarenta años en el desierto. Este tiempo de deambular por el desierto fue dado para purificar a los israelitas de su idolatría, para prepararlos a seguir la Ley que Dios les había dado y hacer la transición para tomar posesión de la tierra prometida. En el Evangelio escuchamos acerca de los cuarenta días y cuarenta noches de Jesús en el desierto. Aunque no tenía necesidad de ser purificado, esta vez en el desierto tenía la intención de purificar el mundo mediante el rechazo de las tentaciones del diablo, preparar el camino para la proclamación del Evangelio y hacer la transición al ministerio del nuevo y eterno pacto que haría con su sangre.

Ahora tenemos otros cuarenta días entre la Resurrección y la Ascensión. En estos cuarenta días las escrituras dicen que Jesús dio instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles a quienes había elegido, hablando sobre el reino de Dios. Estas instrucciones específicas no fueron registradas en las Escrituras. Más bien, forman parte de la Tradición entregada a los Apóstoles; La Sagrada Tradición de la Iglesia Católica. Estos cuarenta días estaban destinados a ser la purificación de sus mentes de las nociones mundanas, la preparación para recibir el Espíritu Santo en Pentecostés y como una transición a la misión de la Iglesia de proclamar el Evangelio al mundo entero.

Esta fiesta es realmente muy importante. Pero el misterio va más profundo. Esta fiesta también revela algo sobre quién es Jesús. Dice que se fue elevando a la vista de ellos, hasta que una nube lo ocultó a sus ojos. Hablando Bíblicamente, montar en las nubes está reservado a los dioses. Solo Dios viene “sobre las nubes”. La presencia de Dios se manifestó a los israelitas en forma de una nube, la nube de la gloria en el templo. Ahora Jesús manifiesta su divinidad cabalgando sobre una nube. Esta fiesta es un cumplimiento del salmo, “Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya.”

Pero esta fiesta no se trata solamente de la divinidad de Jesús. También es la fiesta que celebra y honra a la humanidad redimida uniéndose a Dios en la persona de Jesucristo.

En Pascua celebramos la resurrección, es decir, la reunificación del cuerpo y el alma de Jesús después de haber sido separados en la muerte. En la resurrección, el aparece Cuerpo y Alma en un estado glorificado. Del Catecismo escuchamos: §646 “La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena “ordinaria”. En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es ‘el hombre celestial’ (cf. 1 Co 15, 35-50).”



En la ascensión celebramos otra realidad. Hoy celebramos el evento de la humanidad de Jesús entrando al cielo. Con la Ascensión, la carne humana está sentada a la Mano Derecha, es decir, la mano del poder de Dios. El catecismo dice: §659 “La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina simbolizada por la nube y por el cielo donde Él se sienta para siempre a la derecha de Dios.”

Aquí también debemos entender lo que significa estar sentado a la derecha. La mano derecha es la mano del poder. San Juan Damasceno dice, “Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada” (*San Juan Damasceno, Expositio fidei, 75 [De fide orthodoxa, 4, 2]: PG 94, 1104*).

Pero podemos ser perdonados por hacer la pregunta, ¿por qué se fue en primer lugar? ¿Por qué no se quedó con nosotros? En el Evangelio dice: “He aquí, yo estaré siempre con ustedes”. ¿Por qué dice que siempre estará con nosotros y luego se va? ¿Por qué no se quedó con nosotros? El gran teólogo Santo Tomás de Aquino incluso hizo esta pregunta y la respondió. “La ascensión de Cristo a los cielos, por la que nos privo de su presencia corporal, fue más útil para nosotros de lo que lo hubiera sido su presencia corporal, Primero, por razón de la fe, que recae in las cosas que no se ven, . . . Segundo, para mantener levantada la esperanza. Por el hecho de haber situado Cristo en el cielo la naturaleza que tomo, nos dio la esperanza de llegar allí. . . Tercero, para elevar hacia los bienes celestes el afecto de la caridad. . . pues, como se lee en Mateo 6:21: “Donde esta tu tesoro, allí está también tu corazón. (*Summa Teologica, III, 57, 2*)

Esta es realmente una gran fiesta para celebrar. Para creer en las cosas de arriba, a esperar de llegar al cielo y para poner nuestros corazones en Dios todopoderoso. Por esta fiesta deja que seamos purificados hoy de nuestra forma de pensar mundana. Dejémonos que la Iglesia nos instruya y nos forme en sabiduría y nos preparemos para ser movidos por el Espíritu Santo en Pentecostés. Amén.